

EL SEÑOR ESTEBAN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. YES"
Apdo. 1623 ... NUEVO LEÓN, MÉXICO

EL SEÑOR ESTEBAN

I

Donde se ve lo que cambia una ciudad cuando se apodera de ella el comercio, y cómo los pequeños se hacen grandes y otras experiencias provechosas.

Muchas cosas habían pasado desde la muerte del señor Esteban, y sobre todo muchas muertes. Había muerto la señora Felicia para cumplir su deber sagrado de viuda; había muerto la señora Rosita (la grasa pudo más que ella), y hasta se había llegado á morir la señora del piso principal, que la muerte no repara en pisos. Y si la pobre señora Pepa continuaba viviendo todavía, es que la enfermedad la hacía vivir. El día en que se hubiese puesto buena, ¡adiós señora Pepa!

En la casa también había habido cambios. Con la herencia del señor Esteban, abuelo, el señor Esteban, nieto, fué mucho más rico, y agrandó más el negocio, y compró papel de la Deuda, y se hizo una

levita, y continuó trabajando como si no tuviese levita.

Pero lo que había cambiado más en los años de Estebanillo á Esteban y de Esteban á señor Esteban había sido Barcelona.

En aquel barrio de Ribera había habido tal trastorno de reformas, que ya no quedaba nada de lo que antes había.

El paseo de San Juan también se había muerto, como los abuelos. Habían arrancado los plátanos, habían espaciado los bancos, y el Hércules del surtidor y las tortugas y hasta la cascada los habían trasladado más lejos para que fuesen á criar musgo al destierro de los barrios nuevos. Los bojes y las estatuas del Jardín del General los habían tirado á la basura, y de aquellos paseos llenos de sombra habían hecho casas con pórticos, iguales como una epidemia y padeciendo de una simetría que no tenía consuelo ni perdón. Del Born, con una ordenanza municipal habían cogido los colores, la vida, la luz, los vendedores y la algazara, y los habían encerrado en un tinglado; y en cuanto á la Ciudadela, la habían derribado, y habían hecho muy bien en derribarla. Primero derribaron las murallas, después fueron allanando la explanada, más tarde trazaron líneas, y, por fin, plantaron flores; y á medida que las flores nacían, los soldados se iban marchando; y cuanta más sombra daban los árboles, más iban disminuyendo los cuarteles, hasta que no quedaron más que dos y medio disfrazados de palacios allí bajo las arboledas.

Aquel parque se hizo tan de prisa y fué creciendo tan de prisa, que parecía que las plantas encontrasen en él tierra de cementerio y se nutrisen ufanas del dolor de dos siglos; los olmos parecían desquitarse de haber estado tanto tiempo sin tener derecho á crecer; las flores, después de tantos años de explanada, cuajaban en un solo día, y un aroma de vida nueva salía del campo de la muerte. En su prisa de transformar, aquellas gentes enriquecidas, que no habían tenido tiempo de ser artistas, habían hecho cosas extrañas: dos escaleras inmensas que no subían á ninguna parte, unas montañas de nacimiento, un estanque cercado de piedra sin labrar; pero en cambio habían congregado á la gente de todo el mundo y á todo el comercio de la tierra, y lo que antes eran cuarteles con olor de pólvora y de rancho, ahora era un gran jardín; lo que eran murallas, alfombras de hierba; lo que eran baluartes, parterres, y lo que era tierra maldita que había escuchado tantas agonías, una planicie llena de sol y de niños que jugaban con la arena.

La vida de urbanización había transformado el barrio, pero aun había hecho más estrago en las costumbres y en el comercio. Aquellas tiendas oscuras, negras, llenas de escarabajos y de telarañas, donde entraba el género como si entrase en un presidio, se habían abierto á la luz, y tenían anchos escaparates y desahogo y ventilación; aquellos escritorios estrechos como nichos comerciales donde tenían metido al tenedor de libros como á pájaro despluma-

do, sin más pluma que la de escribir, ya eran salas espaciosas, con armarios, con claraboyas, y hasta con estera, y hasta con sillas; aquellos almacenes amontonados, en que los sacos echaban fuera al dueño, se habían agrandado, y el olor á mohó se había convertido en olor á campo, y la luz entraba en las cuevas, y la blancura en las tinieblas, y la limpieza en aquellos antros, y la vida moderna florecía. En vez de quinqués de gas, que daban más frío que luz, habían puesto luz eléctrica; en lugar de los tristes braseros llenos de ceniza y de suciedad, que parecían puestos en el suelo más que para dar calor para tirar á ellos cáscaras de naranja, habían puesto estufas; y en lugar de los bancos de la puerta, que parecían banquillos de acusado, podía uno sentarse en divanes, que si todavía no eran muy blandos, era para que los parroquianos no perdiesen el tiempo sentados en ellos. Ya no extendían el género á la parte fuera de la tienda, como si le sacasen á ventilar, sino que le guardaban en cajas; ya no llamaban á los que pasaban como en la feria de Belcaire, sino que les esperaban dentro; ya los dependientes no eran esclavos sujetos al mostrador con una cuerda y atados á la media vara, sino hombres como los demás, con toda la autonomía que puede tener el ramo de hombres que venden.

El comercio se engrandecía, se ensanchaba, se convertía en gran comercio. Los negociantes al por mayor casi todos vivían en pisos, en pisos amueblados, tapizados y alfombrados como si fuesen ministerios; los que eran comerciantes medio al por mayor,

en entresuelos como oficinas, y el tendero tendero, el clásico, el puro, el «Esteban», podía explotar al parroquiano, que para eso es el parroquiano, pero le explotaba con buenos modos; podía dar la medida escasa, pero ya no por cuartas, sino por metros; podía engañar en el peso, pero con el sistema decimal: todo es cuestión de ceros; podía seguir la tradición, pero al menos doraba la píldora; y la presentaba tan bien, que daban ganas de tomarla. Cada escaparate era un reclamo, una tentación; y los había de tantas clases, que el corazón desfallecía viéndolos: de mármol, como panteones, para banca y cambio de monedas; chinescos, con abanicos entrelazados y lacas de todos colores, para anunciar bacalaos; de bronce, con caracoles de níquel y volutas de hierro virgen, para vender jabón y bujías; de loza de Valencia para vender longanizas de Vich, y de esos que se llaman modernistas, con los cristales escarchados, para despachar casullas.

Desde el Pla de Palacio hasta la calle de las Cortes, lo mismo que por los otros barrios, todo se estaba transformando. Había callejones testarudos que, ó ya porque eran demasiado viejos y tenían demasiadas arrugas para que no se les viese la trampa, ó ya porque eran casas de nobles que querían conservar la pátina por conservar algo, no querían quitarse las lacras de la antigüedad ni emperijolarse; pero la mayor parte de las demás levantaban pisos, ponían cornisas, cargaban de molduras los balcones, blanqueaban la fachada y se iban poniendo en fila

para no hacerse estorbo. Los albañiles no paraban de engastar adornos y flores de piedra y caligrafías de bulto dondequiera que hubiese un paño de pared; los herreros forjaban sin descanso hierros con dragones, con águilas, con tarascas, con flores simbolistas y hojas estéticas, y dondequiera que veían un barandal, ¡échele usted adornos!; las maderas parecían piedras, las piedras cristales, los cristales telas; y carpinteros, arquitectos y albañiles, ó cargaban de adornos las casas que ya estaban hechas, ó las hacían ya cargadas; y cuantos más perfiles hacían y más las atormentaban, más contentos estaban los dueños y más alquiler hacían pagar, porque aquellos castillos tan feudales eran castillos de alquiler, y alquilaban el puente levadizo á algún tachuelero, la torre del homenaje á un fotógrafo, y hasta la capilla hubiesen alquilado si hubiesen podido, que una cosa es el señorío y otra cosa es la renta.

«La Puntual» estaba en medio; estaba en la meta de aquel asalto de reformas que hacía temblar el barrio. Las casas nuevas la atacaban, la empujaban, la acorralaban, como queriendo quitarse de encima un estorbo. Otras simétricas y poderosas se levantaban frente á ella con toda la vanidad que tienen las cosas nuevas. Casi enfrente se habían levantado dos palacios: uno clásico, con grandes columnas y techo de estación, que daba respeto mirarle, y otro del gótico más gótico; á un lado una fila de balcones daba de punta á punta una sombra recortada y recta; enfrente habían pintado el cuartel de un color azul de cuar-

tel, y cuartel, casas y palacios, vanguardia del Ensanche, clamaban á todo clamar el engrandecimiento de la ciudad, el trastorno del comercio viejo y la reforma vertiginosa que pisoteaba los huesos de los padres.

Y «La Puntual», que estaba en medio como una lápida romana sobre una pared nueva, daba pena é infundía respeto. El rótulo, aquel hermoso rótulo, obra maestra y recuerdo glorioso del nacimiento de Estebanillo, se había ido poniendo gris, descolorido, color de fango, color de diligencia que va por las carreteras, color de cama de pobre; las puertas, aquellas puertas, se habían ido destiñendo, y ya no eran puertas: eran maderas, eran maderas de fielato, de cobertizo, de barraca, de caseta de baños de mar; y el mismo escaparate, aquel altar comercial, aquel sagrario de mercería que había hecho quedarse á tantas mujeres con la boca abierta y engendrado tantas ilusiones, ya no parecía escaparate: era un antro de brujas con carretes y cintas encantados.

Pero así y todo, seguían vendiendo. Seguían vendiendo más que nunca, y si hubiesen transformado el local, hubiesen perdido la venta. La sombra del crédito les salvaba. El acostumbrarse cuesta mucho, pero el desacostumbrarse cuesta todavía más, y el ir á comprar á «La Puntual» ya no era costumbre, era vicio. El dinero de la parroquia había aprendido de tal modo el camino de aquel cajón, que ya iba solo, y tan decidido, que si le hubiesen querido sacar de allí, no hubiese querido salir.

El señor Esteban era un condenado á fortuna perpetua.

Y como era un condenado, estaba cumpliendo la condena.

II

La navegación y «La Puntual», dos cosas que no tienen nada que ver una con otra, pero que al autor le ha parecido bien compararlas.

Sí, el abuelo había tenido razón. La viña marchaba sola. «Con sólo cuidarla un poco no sería nunca cosa muerta», y eso es lo que hacía el señor Esteban: cuidarla, vigilarla, considerarla cariñosamente, y sólo con mirarla iba andando sola.

Así como los capitanes de barco cuando el tiempo indica bonanza se están sentados sobre cubierta contemplando las olas que pasan y sólo van á la manobra cuando sienten llegar el mal tiempo, asimismo el señor Esteban, quieto en la cubierta de «La Puntual», viendo pasar las olas en las hojas del calendario y las páginas del Mayor cumplía con su deber, y como aquello era un mar de aceite en el que nunca había tempestades, se podía estar siempre sobre cubierta.

Sí, allí no había vendavales, ni trombas de agua, ni nieblas, ni escollos para poner el bajel en peligro. Si los había estaban bajo el agua. El bajel iba nave-

gando sobre un mar sin tropiezos, bajo un cielo sin nubes, con una calma que ni siquiera era de muerte; era de media vida, de limbo y de reloj de arena. Allí no se veía nunca costa por ninguna parte; días y días de navegar en aquellos camarotes de tercera sin ver pasar más que madejas y ovillos y varas de agremán y de trencilla y sintiendo el ruido de la máquina en el caer de la calderilla. Allí no había noches de luna, ni lumbres de sol, ni resplandores de estrellas, ni apagamientos de anochecer; siempre una luz de agua de jabón, de claraboya, de clínica comercial, de cuarto de convaleciente, esa luz de las tiendas que parecen prisiones de gente de bien; y allí no se veía vista ninguna: el cuartel, siempre aquel cuartel, con las ventanas de siempre, rectas, iguales, en filas, como enfermedad de unos ojos que viesan las cosas cuadradas.

El señor Esteban habían logrado lo que quería: ser medio rico. Y el serlo mucho le hubiese venido ancho. Grano á grano y espiga á espiga había logrado llenar el granero; un granero que no se desbordase, pero en el que tampoco hubiese goteras; había logrado tener crédito (la santa aspiración del abuelo) y había logrado no tenerlo que emplear; y todo sin sacudidas, sin trastornos, sin angustias; remando poco á poco, como quien pasa cuentas de rosario. Estaba á mitad del camino del vivir, y si le hubiesen preguntado qué había hecho de la vida, hubiera tenido que decir esto: remar, siempre remar sobre un estanque de aguas quietas. Nunca ninguno enfermo en aquel

triumvirato de padre, madre y Ramoncito; nunca ninguno rebosando salud; nunca una hora de tristeza para ver después la alegría como un sol que sale; nunca un desbordamiento de risas para ver la puerta del reír. Llano, todo llano, siempre todo llano, sin un montecillo para consuelo. Él sembrando, la mujer recogiendo; venía el día de la siega sin siquiera la alegría de ver el trigo cayendo como desbordamiento de oro sobre la era llena de sol. El balance no tenía era. Números, nada más que números que no querían decir: «Haremos esto ó compraremos aquello», ó «los cambiaremos por ilusiones»; querían decir: capital, dinero de caja, dinero encerrado, dinero en prisiones, dinero muerto dentro de una tumba de hierro.

Eso sí, fuera de la fortuna, fuera de aquella media fortuna ganada con medio sudor, no había logrado nada más. Y no es que no pudiese lograr otra cosa (que el dinero levanta las montañas); es que no tenía deseos, y si los tenía no se los encontraba. Con la consideración y el respeto que le daban tantos años de Casa, si le hubiese dado por la política, hubiera podido ser hasta concejal; pero no sabía nada de política. La política era para él una cosa que trae trastornos, que hace correr á la gente por las calles, que pone en estado de sitio á las ciudades, que obliga á cerrar las tiendas, y que todo lo más para que sirve es para entrar en el ramo de Consumos y tener un pasar. La política era una farsa en que los tenderos que tienen parroquia no deben comprometerse, porque cada comprador tiene una idea, y hay que respe-

tar las ideas de los que hacen gasto en una casa; la política era una ceguera que el hombre neutral no debe permitirse, y él era hombre neutral por completo: neutral de historia, neutral de hechos, neutral hasta el punto de no saber que lo fuese. No había votado más que una vez, porque le llevaron á votar, y perdió una mañana sin saber á quién votaba, y aquel paso le dió con tanto reparo, que al día siguiente tenía miedo de que le llevasen á presidio.

Si le hubiese dado por figurar, hubiera podido tener buena ropa, buena casa y buenos muebles; pero la buena casa y los muebles le parecían tan inútiles como votar por los demás. La ropa, para él, no era vestirse, era librar al cuerpo de la intemperie y no llevar nada exagerado, nada que llamase la atención: todo negro, todo sufrido, todo del color de «La Puntual»; todo del color de todo el mundo. La casa no era más que para dormir, para comer y para guardar los caudales: mesa, cama, caja, y nada más. La mesa, ni chica para los de casa, ni grande para que cupiesen en ella convidados; la cama, ni demasiado dura para estar mal en ella, ni demasiado blanda para estarse demasiado tiempo, y la caja, ni tan estrecha que hiciese padecer á la moneda, ni demasiado amplia y aparatosa para que no diese dentera á los ladrones; y todo lo demás de muebles, cortinas, alfombras y damascos no eran más que vanidades propias de gente malgastadora.

Si le hubiese dado por comer bien, hubiera podido comer primores; pero tanto él como Tomasa tenían

un estómago hecho á propósito para recibir lo que le diesen: estómago de ganso, cueva de munición, abismo en que caían las viandas ó estanque en que las echaban para cebar peces de pecera.

Si le hubiese dado por..., pero no le daba por nada. El señor Esteban era el hombre neutro, el símbolo de la clase neutra, de la Clase, así, con mayúscula. Conservador por instinto, por educación y por hechos, era el hombre de orden en todo y para todo: orden en el reir, orden en el comer, orden en querer al hijo y á la mujer, orden en el vivir, en el morir, y hasta orden en la otra vida. Era el hombre de lo «bien entendido»: bien entendida la libertad, la familia, la guerra, la paz, y hasta todo lo que no entendía lo quería «bien entendido»; era el hombre de la medida: gozo con medida, llanto con medida, amistad con medida, fe con medida, caridad con medida, todo con medida y con media vara, con la maldita media vara que ha dignificado el egoísmo desde que el egoísmo toma medidas. Si le gustaban los soldados no era por la idea de la patria (no gastaba mapa «La Puntual»), sino porque ponían orden cuando alguien se atrevía á alborotar, tanto con razón como sin ella; si le gustaban los gobiernos «rectos» (rectos quería decir absolutos), no era porque fuese malo (ni eso era), sino porque quería tranquilidad, sobre todo tranquilidad y silencio, que los gritos estorban la venta. No le gustaba que pasase nada nunca, ni bueno ni malo. ¡Nunca nada! Que no pasasen más que compradores, uno á uno, sin empujones y con un regateo

prudente, sosegado y metódico, pero corto, y que fuesen comprando con orden.

Y esto le daba al señor Esteban tanta fama como la misma «Puntual». Tenía un aire tan serio, tan recto, tan sosegado, y sabía escuchar tan bien, y parecía que pensaba tanto, que todo el mundo venía á consultarle; sabía tan bien contestar con un «¡Quién sabe!» que no quería decir nada, que dejaba á todo el mundo contento. Llevaba una levita tan usada, tan lisa y tan larga, y el que lleva levita larga inspira tanta confianza, que le tenían como confesor para asuntos comerciales; aconsejaba tan poca cosa, por no equivocarse nunca, que con no equivocarse ya iban ganando el doble los que seguían su consejo; hablaba tan poco á poco, y cualquier cosa que decía tomaba tal aire de sentencia, y el hombre que dice sentencias, por tontas que las diga, encuentra tanta gente que hace caso de ellas por no tener que tomarse el trabajo de pensarlas, que nunca le faltaba ocasión de sentenciar; así como hay curanderos que con cuatro signos curan los males porque tienen aire de curarlos, así también hay hombres que no diciendo nada, todos los consejos que dan parecen buenos, porque ellos tienen aire de aconsejador; y á nuestro pobre señor Esteban (que ya todos le vamos conociendo), porque no sabía qué decir, le habían tomado por hombre reservado; porque no sabía reír, por sabio; porque no sabía hablar, por pensador, y porque tenía la cabeza grande, por cabeza llena de substancia; y entre «La Puntual», y la cabeza, y el no decir

nada, y la levita, era un hombre á quien todos respetaban.

Y á fe que era un hombre bien sencillo, bien modesto y bien sin pretensiones el jefe de «La Puntual». Medio rico como era, y con un establecimiento tan bien surtido, y con cinco ó seis dependientes, y señor Pablo, y viajante, y mujer, é hijo como tenía bajo su poder y mando, se hubiera podido dar mucho tono, y era la persona más modosa, más afable, más «portátil» de toda Ribera. Con la misma franqueza y con las mismas pocas palabras se entendía con un comerciante por muy al por mayor que fuese, que con el carretero más humilde; lo mismo daba la mano al propio alcalde de barrio que al tachuelero más infeliz. Mientras no le pidiesen dinero, trataba á quien no se lo pedía lo mismo si vivía de sus rentas que si las rentas vivían de él. Y no porque fuese avaro (que tampoco lo era el señor Esteban), sino por pereza de soltar los cuartos. La mercería, gracias á Dios, no se le había subido á la cabeza, no le había hinchado como á tantos jefes de negocio, que porque tienen subalternos y negros blanqueados dentro del establecimiento ya hay que hacerles besamanos. Él lo mismo despachaba, que cobraba, que daba órdenes; tanto le daba hacer facturas como facturar lo de las facturas; hacer bultos como desembalar, y si no hubiese sido por el traje, que haciendo ciertas faenas se destroza, y si no hubiese tenido esclavos, lo mismo hubiera quitado el polvo á las cajas que barrido la puerta de la calle.

Y á fe que no sería tampoco por el aparato de su vida por lo que le tenían respeto. Aquello no era vivir, era pasar. Se levantaba, miraba el día (mirar el día quería decir mirar el barro) y se volvía á la tienda. Tomaba chocolate, salía á estirar las piernas hasta el cuartel..., y á la tienda; comía, iba un momento al «Fomento Comercial» á oír hablar de millones, de aranceles, del presupuesto y de otras cosas provechosas..., y otra vez á la tienda; el domingo por la mañana llevaba á Tomasa á misa con un vestido de seda de ir á misa, y un libro de ir á misa, que no había leído nunca, pero que le hacía mucho servicio para saber qué hacer de las manos, y en saliendo, entre saludos de «Siga usted tan bueno, señor Esteban», y «Que siga usted tan buena, señora Tomasa», vuelta á la tienda; á la tarde la sacaba á ventilar (á la mujer se entiende, no á la tienda), y una vez ventilada, ¿adónde hemos de ir? Á la tienda.

La tienda era su todo. El Yo, la ley de esencia, el Dios, la Materia, el Templo, el Teatro, el Altar, el Tronó, la Patria, la Francmasonería y la Vida. La tienda era el primer amor, y era el único y sería el último; la tienda eran las ilusiones, las esperanzas, la fe, el «Creo en un solo Dios», la Doctrina, la Biblia, el Viejo Testamento, el Nuevo y el testamento de su abuelo; la tienda era el buen tiempo, la primavera, el estío, la Pascua, los árboles floridos, el alba y la aurora boreal; la tienda lo era todo para él. Allí donde le alcanzaba la vista, veía la tienda; allí donde alcanzaba su corto entendimiento no veía más que la

tienda. Toda su juventud, todo lo que hubiese podido soñar, todo lo que tienen los demás hombres, vida con amor, con afán, con gloria y con pasiones, lo había tenido él en la tienda. Si las tiendas tuviesen sangre, aquélla la hubiese tenido de sus venas.

III

Las ideas de los señores Esteban. — La torre.

Un día, es decir, una noche, cuando el señor Esteban y Tomasa tuvieron las cabezas sobre la almohada, en vez de dormirse en seguida como tenían por costumbre, ella estaba tan desvelada, se movía tanto, iba tanto de un lado para otro y tenía tanto desasosiego, que él se dió cuenta y le dijo :

— ¿Qué tienes? ¿No te encuentras bien, Tomasa?

— Quisiera hablarte de una cosa, Esteban.

— ¿Y sólo por eso te mueves tanto?

— Es que hace tiempo que lo estoy pensando.

— Bueno, mujer; ¿tan urgente es lo que tienes que decirme?

— Te digo que te tengo que hablar.

— Habla.

— Escúchame bien, y no te enfades, Esteban. Tú tienes ya cerca de cincuenta años. Yo..., dejémoslo estar. Tanto tú como yo hemos trabajado mucho en este mundo. Pronto seremos viejos. El muchacho ya

es mayor. No todo ha de ser el negocio. Yo, ya sabes que no soy gastadora.

— Vamos al grano. Di.

— ¿Te acuerdas de cuando empezamos á tener relaciones en el Jardín del General? ¿Te acuerdas de lo que me dijiste?

— Te dije lo que hacía al caso; pero ¿por qué me recuerdas aquel «acto»?

— ¿Te acuerdas de lo que entonces me dijiste?

— No te dije más que lo que hacía al caso.

— Pues te lo recordaré yo. Me preguntaste, hablando, hablando, si me gustaban los jardines, y yo te respondí que no, que no me gustaban los jardines; pero que me gustaban las aves de corral, los árboles frutales y todo lo demás. ¿Y no sabes lo que me contestaste?

— Ya te lo he dicho; lo que hacía al caso.

— Y lo que hacía al caso fué que me prometiste que todo eso lo tendría.

— Bueno; ¿qué quieres decir?

— Quiero decir..., pero no te enfades, sobre todo...; que debías comprar una torre.

— ¡Una torre dices!

Y se volvió de espaldas.

— Ya decía yo que te enfadarías.

— No me enfado, pero no la compro.

— ¿Y qué motivos tienes para no comprarla?

— Nada más que uno, pero fuerte: el del gasto.

Y aquí empezó á hacer números: que si la renta de una torre es tanto, y que si se capitaliza es cuanto,

que si sumado con lo otro es más..., salieron á relucir todos los inconvenientes. Hasta volvió á salir aquella quiebra de los Jiménez, Rubio, etc.

Ella, por el pronto, le dejó decir; pero como las mujeres, poco ó mucho, tienen siempre alguna escama que les hace ser más ó menos sirenas, fué diciéndole al oído un cántico dedicado á las torres tan lleno de poesía bucólica y tan escogido de palabra, que Horacio le hubiese dicho: «Espera, que lo voy á apuntar en el cuaderno.»

—Un estanque—le iba diciendo—. ¿Hay nada más bonito que un estanque? El agua sirve para regar, para fregar, para criar peces de colores, ó para no criarlos, si no te gustan, que también nos los podemos ahorrar. ¿Y las gallinas? ¿Hay nada mejor que las gallinas? Oyes car, car, car, car..., un huevo; car, car, car..., otro, ¡y del día! Allí todos los huevos son del día, y si los comes, sabes lo que comes. ¿Y los árboles frutales? ¿No te gustan los árboles frutales? Tendremos un manzano, un albaricoquero, un naranjo...

—Crían pulgones — dijo él.

—No los tendremos; tendremos de todo menos pulgones. Árboles, sombra, comedor al sol, terraza y parrá. ¿No te gustará cuando seas viejo sentarte debajo de la parrá?

¡Claro que le gustaba todo aquello! Le gustaba tanto como á ella...; pero...

—¿Y la tienda? — dijo.

—¿Es que tenemos que abandonar la tienda? ¿No

ves que ya marcha sola, que tenemos dependientes, que tenemos el hijo, que tenemos al señor Pablo, que no es un hombre, es un aparato, que todo marcha bien, gracias á Dios? Vamos, di que sí, testarudo.

—¿Y el gasto?

—Por tres mil duros, la tenemos.

—Te figurarás que no nos van á llevar más.

—Todavía las hay más baratas. Pero para que sea cosa de primera, con estanque y todo lo que te he dicho, hay que gastar tres mil duros. ¿Verdad que no me dices que no?

—No digo nada.

—¿Que sí?

—Durmámonos.

Se durmieron; pero antes de dormirse, ella se quedó tan contenta que, á no ser porque no quería ponerle de mal humor, antes de volverse de espalda le hubiera dado un abrazo.

Al día siguiente volvió á empezar; al otro día, vuelta á lo mismo; y todos los días lo mismo, hasta que tanto le fastidió, y tanto le gustaba también á él tener torre, que una tarde cogió á la mujer, tomó el tranvía, y se cogió á sí mismo, y á Gracia, ¡á buscar terreno!

Lo difícil era escoger. Hay tantos solares y tantas torres para vender, que son ilusiones caídas de otros tantos señores Esteban, que es un mareo el decidirse. Aquí estaba lejos, allí era caro; aquí no tenía vista, allí tenía demasiada; aquí el sol venía de Poniente, allí de Levante, más allá de ningún lado. Querían

una cosa tan perfecta, con tantos requisitos de torre y de todo lo que han de tener las torres, que tuvieron que ir á Gracia más de ocho domingos seguidos para encontrar cosa á su gusto: poética, pero barata; idílica, pero equitativa; y bucólica, pero de poco gasto.

¡Pero al fin la encontraron! ¡Ya lo creo que la encontraron, y que tenía de todo aquel terreno! Veinte mil pies de árboles plantados, y á real el pie, que son mil duros. Mil duros, que por lo menos producen quinientos de esparcimiento y poesía, sin contar la fruta. La pared de cerca, hecha, y con pedazos de vidrio engastados y todo, para que si los chiquillos de la vecindad querían ir á robar manzanas, se cortasen los dedos al subir; un cuarto de pluma de agua viva, pero viva y con ganas de vivir; y lo que es estar de suerte en este mundo: hasta la ilusión de Tomasa pasaba á ser una realidad. ¡El estanque ya estaba hecho! ¡El estanque! ¡El lago sagrado de las torres! ¡El sueño de todas las hadas que tienen ó han tenido mercería! ¡El agua encantada de las señoras Tomasas!

En seguida lo compraron. Vengan papeles y vengán notarios, y firmemos, y la llave, y tomemos posesión, y venga el maestro de obras, y á echar planos, y ¡paredes arriba, señores!

—Yo quiero—dijo el señor Esteban al maestro de obras—, quiero... primeramente gastar poco, y después una cosa que esté bien, pero baratita. Usted arréglole como pueda; recorte adornos, suprima caprichos y haga una cosa «concisa». Cúidese de levan-

tar paredes, nada más que paredes, y ¡arriba!, que de eso de las fantasías, yo, aunque no lo parezca, tengo gusto, y las pondré á mi gusto. En el bajo, un comedor, dos alcobas, y basta, que si ponemos demasiadas salas siempre se llenan de forasteros, y nosotros somos muy de casa. Arriba, eso sí, ponga usted una azotea para poder tender la ropa, que aunque no tenemos mucha que tender, las mujeres siempre quieren azotea por lo que pueda ocurrir. Haga usted un gallinero, lo que se dice un gallinero, que para las gallinas se hace el gasto, y arriba póngame usted una torrecita, porque no necesito decirle á usted que una torre sin torrecilla es una torre descabezada... Y por lo demás... haga usted y deshaga, y venga usted á cobrar los sábados, que se le pagará á usted al contado y sin pedirle descuento.

El maestro de obras lo entendió, porque todos los que hacían torres venían á decir lo mismo: lo del poco precio, lo de la torrecilla y el estanque y lo de las fantasías, y en dos meses de trabajo hizo una de esas torres que ya conocemos de vista: sencilla, metódica, con cornisas de jarrón, con aquel estucado, que ya de nuevo huele á mohoso, con esas puertas que dejan pasar el aire y esas ventanas que se des-pintan; casas que tienen tristezas de ruinas de nacimiento, de nido abandonado, de interior olvidado antes de haber vivido en él, que se agrietan en seguida para que entren en ellas las lagartijas; y una vez hecha, le dió la llave y empezaron el jardín.

El jardín (llamémosle jardín) dió más que hacer que

la casa. Aquellos pobres frutales que había, con el trajín de la obra quedaron tan llenos de mortero, que tuvieron que rasparlos rama por rama y hoja por hoja; y les sentó tan mal que los rasparen de aquel modo, que aunque no dijeron nada por prudencia, no volvieron nunca á tener salud. Sólo en hacer la cascada é ir engastando en ella conchitas y caracoles y cáscaras de almeja ya usadas entraron más jornales de los que hubieran gastado las Marías para una colcha de ganchillo. El agua dió tanto que hacer, que si en vez de un cuarto de pluma llega á ser una pluma entera, aun estaríamos en las mismas. Quisieron que hubiese un lago: un lago de una cuarta de fondo, un poco más grande que el estanque, y también rodeado de conchitas; y como un cuarto de pluma de agua no es una cosa exagerada, de ir del depósito al estanque, del estanque á la cascada, de la cascada al lago y del lago á los regatos, cuando tenía que regar llegaba tan cansada, que decía: «¡Que riegue quien quiera!», y hacía «cló, cló» y se enterraba. Y en cuanto á las «fantasías» que tenía que poner el señor Esteban, en eso sí que se lució, gastando lo que hacía al caso. En la rama de un manzano colgó una bola de vidrio de esas en que se veía dentro su torre y la de los vecinos, que era cosa preciosa; en el lago dos patos de tierra cocida, sentados sobre la roca, que no les faltaba más que hablar; en medio un pescador de caña, también de tierra, que tenía tanta expresión y una mirada tan natural, que si hubiese habido peces en el lago y no se hubieran

muerto de sed, acaso se hubiesen dejado pescar; al lado, para mirar el agua, un banco rústico (que le había hecho un aficionado á hacer bancos para matar las veladas de invierno), que estaba todo hecho de pedacitos de madera recortados como pedazos de longaniza; pero tan bien puestos uno encima de otro, que era preciso explicar la trampa para que la gente se enterase del mérito; y después... encerraron las gallinas (cinco), les pusieron un gallo para que se distrajesen, y quedó lista la torre.

Dos días á la semana la señora Tomasa subía para dar de comer á las gallinas y para llevarse los huevos que ponían, y de cuando en cuando alguna ciruela que habían dado los ciruelos, y hasta algún albaricoque que habían respetado los gorriones; y los domingos iban los dos.

Llegaban, vaciaban el lago, hacían correr la cascada, y mientras corrían los juegos del cuarto de pluma de agua viva, se sentaban en el banco rústico y veían la maniobra, como hubieran hecho Pablo y Virginia si hubiesen llegado á viejos y hubiesen comerciado en mercería; después él cavaba un rato; pero como no estaba acostumbrado, el pobre hombre sudaba (que para eso es el hombre); y cuando había sudado bien, se volvía á sentar en el banco rústico; iba á mirar si las hormigas habían hecho muchos estragos..., y vuelta al banco rústico; iba á ver si la oruga se había comido las ciruelas., y en el banco rústico estaban faltando Estébanes. Aquella torre era muy buena; pero si no hubiese tenido el banco

rústico no hubiera sido torre ni nada. Tanto habría valido no tenerla, que eso de ver árboles y más árboles sí que es bonito y tiene «panorama»; pero para quien está acostumbrado á la actividad no hay nada como un banco para sentarse.

Como se ve, la señora Tomasa había tenido la gran idea al comprar aquel «recreo». ¿De qué sirve el dinero si no se ha de disfrutar como le disfrutaban ellos en la torre? ¿Qué alegría se puede sacar del vivir si no se aprovecha lo bueno cuando pasa? ¿Para qué se ha de aperrear uno, y dale que dale en el trabajo, si no se puede emplear un desahogo en tener cuatro gallinas, que al fin y al cabo también ponen y también se ganan el grano que comen con el sudor de su frente? ¿Qué sacarían después de muertos de haber economizado lo que cuesta un lago, ó un juego de agua, ó una fantasía, si todo se había de convertir en ceniza, ellos, el lago, el colmenar y las gallinas? ¿Qué venimos á hacer en este mundo más que á ganar dinero y á gastarle con moderación y cordura? Nada, que cuando pasa la vida, á vivir, sin regatear un banco, ni dos, ni lo que sea, con tal de que lo que sea no sea demasiado.

La torre iba bien, no cabía duda. El señor Esteban hubiera sido feliz con ella (ya que no podía ser desgraciado); pero como estaba escrito que aquel hombre estaría siempre empantanado entre el dolor y la alegría, y siempre se quedaría en medio, en la plenitud de la satisfacción, y cuando se iba acostumbrando á pasar el domingo en la torre, le sucedió un tropiezo.

Delante de la torre abrieron una calle. Una calle ancha, una gran calle.

— ¿Y le estropearon la torre?

— Al contrario, se la mejoraron.

— Entonces no veo la desgracia.

— La desgracia vino de la suerte. De resultas de aquella calle que abrieron cuando nadie contaba con ella, aquel terreno que no costó más que á real el pie cuando lo compraron, subió á peseta, á dos, á tres, y llegó hasta valer á duro.

— ¡Pero eso es una gangal!

Una ganga que le trajo un desasosiego que no le dejaba «medrar». Tener mil duros empleados en torre le parecía bien al señor Esteban; pero tener veinte mil duros (veinte mil duros, que no son veinte ochavos), y que se los hubieran dado en seguida, tenerlos, digo, empleados en lago, y en gallinas, y en colmenar, y en parra, le parecía una herejía.

Le pareció tan herejía y tenía un resquemor tan grande y tanto remordimiento de conciencia, que un día, es decir, una noche, cuando él y su Tomasa tuvieron la cabeza en la almohada, en vez de dormirse en seguida, como tenía por costumbre, estaba tan desvelado, daba tantas vueltas en la cama y tenía tal desasosiego, que ella se enteró, y le dijo:

— ¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien, Esteban?

— Quisiera decirte una cosa, Tomasa.

— ¿Y sólo por eso te mueves tanto?

— Es que hace tiempo que la vengo pensando.

— Bueno, hombre; ¿tan urgente es lo que me tienes que decir?

— Ya te digo que quisiera que hablásemos.

— Habla.

— Óyeme bien y no te enfades, Tomasa. ¿Recuerdas lo que te dije el día que me hablaste de la torre?

— Me dijiste... lo que hacía al caso.

— Pues haz memoria, Tomasa. Yo no la quería comprar, pero dormimos, y después la compramos. Entonces valía mil duros, pero hoy vale más de veinte mil. ¿Podemos tener nosotros un capital de veinte mil duros empleado en «fantasías»? ¿Has echado la cuenta de á qué precio nos sale cada ciruela que comemos? ¿Y los huevos de las gallinas? ¿Has pensado lo que nos cuestan las gallinas?

— Bueno, ¿qué quieres decir?

— Que debiéramos vender la torre.

— ¡La torre, dices!

Y se volvió de espalda.

— Ya decía yo que te enfadarías.

— No me enfado, pero no la vendas. ¿Qué motivos tienes para venderla?

— Todos los que te he dicho y más.

Y aquí empezó á hacer números: que si la renta de una torre es tanto, que si capitalizada es cuanto, que si tal y que si cual (y volvió á sacar á relucir la quiebra de los Jiménez, Rúbio y etc.), hasta que la tuvo medio convencida, no sé si por razón ó por sueño.

Cuando creyó ganado el pleito, dijo:

— ¿Verdad que no me dices que no?

— No digo nada.

— ¿Que sí?

— Durmamos.

Y cuando hubieron dormido, la pusieron á la venta.

Estaba visto que el señor Esteban no podía levantar torres en el aire. Por muy rico que fuese y mucho que viviese, estaba condenado á tienda perpetua.